

TETRIS

Jaime Panqueva*

NOTA DEL EDITOR

Tenemos el placer de incluir en el presente número este texto inédito de Jaime Panqueva, un escritor de notable y reconocida presencia en la literatura latinoamericana actual.

Así pedía la abuela Dana, que la dejaran morir en su casa. No exagero nada y aprovecho para contártelo como nadie lo hará, porque seguro se irán por el lado romántico de que ya estaba muy viejita y achacosa. Dirán que por fin descansó. La verdad, pienso que las cosas pudieron ser de otra manera, pero ya me lo comentarás tú cuando regreses. Ella quería morir en su casa, así decía. Y bueno, tú sabes que eso no era su casa, sino solo un cuarto en un asilo de ancianos disfrazado de residencia. El lugar lo conociste bien, ¿recuerdas? Lo recorrimos alguna vez de cabo a rabo físgoneando a veces a los cuatro o cinco viejitos que allí vivían, poco después de que pasaran a la abuela allí porque de tanto pereque que ponía nadie se animaba a cuidarla. Ahora recuerdo la tarde en que mi abuela me preguntó si podíamos recibirla en nuestra casa. Te lo conté ese mismo día cuando volvimos. Tras la comida en la casa de la tía Frida, papá dormía la siesta en el cuarto de la abuela y yo me estaba con ella dizque acompañándola. Era ridículo, mi padre fingía el sueño tendido sobre la cama, mi abuela miraba el piso y se restregaba los dedos índice y pulgar como si desgranara un rosario imaginario. Yo no hablaba, en parte porque creía dormido a mi padre, pero principalmente porque no sabía qué decir. Ese siempre ha sido mi problema, sabes cuánto me cuesta iniciar una conversación decente. La abuela tentó con la vista toda la recámara antes de preguntarme si no podíamos hacerle un espacio en nuestra casa, porque la tía Frida y el tío José la enviarían a una casa de ancianos. Hice lo que hago siempre, mezclé la realidad con lo primero que se me vino a la mente. Por fortuna, esta vez no fueron alienígenas ni asesinos seriales. La excusa fue tan estúpida

* Escritor colombiano. Reside en México desde el 2003. Su primer trabajo narrativo, *Tribulaciones de Chinos en Indias*, fue galardonado con el premio nacional Juan Rulfo de primera novela 2009. Correo electrónico: jaimepanquevab@hotmail.com.

Gramma, XXV, 53 (2014), pp. 115-117.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

que en el camino a casa estuve a punto de saltar del carro durante el sermón que me pegó nuestro padre. Tú te salvaste esa vez porque te quedaste con mamá. Ahora, con lo que ha pasado, pienso que todo habría sido diferente de haber acogido a la abuela Dana en la casa. Tienes razón si renegaste, nuestra madre nunca lo habría permitido. Bastantes problemas debió haberle dado cuando mi padre decidió truncar su ascendente carrera para casarse con ella. No me imaginaría a mi madre esclavizada como mi tía Frida... Nuestra casa es mucho más pequeña.

Aunque debemos reconocer que la residencia no estaba del todo mal. Tenía muy pocos internos, sin problemas de dinero y, a excepción de la abuela, sin problemas de movilidad. Si su carácter hubiera sido menos amargo y mezquino, creo que lo hubiera disfrutado más, pero bueno, si así hubiese sido, creo que hasta habría disfrutado más de la vida misma. La dueña me parecía una persona correcta, y ahora, que observo todo en retrospectiva, confirmo que lo es. No sé si te lo comentaron ya, pero al primer síntoma de infarto pidió la ambulancia y la tenía hospitalizada. Yo veía satisfecha a la abuela en el asilo; ¿recuerdas que nos seguía regalando sus papas fritas blanditas que guardaba quién sabe desde hace cuánto tiempo bajo la cama? ¿Y esos dulces revenidos? Incluso cuando la visitábamos hablaba de lo bien que la trataban, recuerdo que hasta bromeábamos que quizás muy a sus ochenta y tantos podría encontrar en alguno de esos viejillos a su nuevo amor. Y no habría estado mal, pero ella prefería mantenerse como la viuda perenne, casi cincuenta años célibes, sin desliz alguno que contarle, o por lo menos que nos hayan contado a nosotros.

En el hospital vino la verdadera tragedia; tras el tratamiento con anticoagulantes, le sobrevinieron algunas hemorragias nasales que no solo la espantaron, sino que ahuyentaron sus ganas de vivir. Siempre me ha resultado una curiosidad que se hable de ese *algo* que nos hace levantar todos los días de la cama. Bueno, pues al parecer ese bicho se le escapó a Dana y, ya exhausta, sin moverse de la cama, le parecía muy fácil arrancarse las agujas del suero. Ahí empezó su cantaleta para que la dejaran morir, no quería más tratamientos. Las enfermeras tuvieron que atarla a los barrotes de la cama. La encontré enjuta, con los brazos forrados de equimosis, los ojos rojos y la vista vidriosa, perdida. Llegué tras atravesar media ciudad porque esa tarde me tocó ir a la oficina. Papá estaba muy preocupado y tuvo que irse casi en el momento de llegar yo.

Me senté un buen rato en su cuarto. «Mijito», me llamó con sigilo cuando vio que estábamos solos, porque la tía Frida había bajado con Cherna y Toco a tomar aire. «Ayúdeme a morir», dijo con un hilito de voz. «Yo me quiero morir». Confieso, y solo lo digo acá porque sé que quedará sólo entre nosotros, que estuve tentado de liberarla de esa amarra que le impedía navegar el Aqueronte. Que por un segundo pasó por mi mente aplicar esa enseñanza básica de nuestra televisión y buscar una jeringa epidérmica para inyectarle aire en el suero. Seguro me pillarían también y hasta la cárcel me tocaría. «Sí, abuela», le susurré acariciándole las manos sujetas con trozos de sábana blanca deshilachada. Aún

maldigo mi cobardía, minutos después yo tomaba el bus hacia la casa. Uno no se debe morir de esa manera, pensaba. Lo más curioso es que tres días después, Dana ya estaba de vuelta en su habitación frente a la tele. Vivió una semana más.

Dejé pasar los días porque todavía me avergonzaba mi actitud en el hospital. El martes, que no tenía clase en la noche, decidí pasar a saludarla. Se me adelantó, no me alcancé a disculpar, menos a despedirme. Dicen que se sintió fatigada y pidió ayuda para recostarse. Expiró sobre su colcha como un pollito. Dicen que no sufrió, tampoco se despidió. Solo se quedó dormida. Con voz entrecortada por el llanto, mamá me llamó a la oficina para avisarme; le había dicho que la visitaría. No sé por qué no pude llorar. El funeral lo vi como un simple trámite, recibía los pésames con una cara de falsa afectación, mientras las primas plañían que daba gusto. Tras un rato diplomático, me uní al corrillo que se paró a un lado de la entrada a la capilla ardiente y contaba chistes en voz baja. Después del entierro llegamos a casa con el tío John a ver el partido de Copa Libertadores; ganó el Nacional por goleada. Me siento en el deber de contarte todo esto porque imagino las noticias o comentarios que han de llegarte. Seguramente, cuando vuelvas o a vuelta de correo, puedas compartirme tus impresiones. Quizás podamos aprender algo de esto porque las generaciones funcionan como el juego de Tetris; hoy desapareció la abuela y en algunas décadas nosotros asumiremos el papel de nuestros padres. Recibe un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere.